

Y 3 HACE VEINTE AÑOS: ABRIL,



1945

Por

EDUARDO
HARO
TEGLEN



Por ciudades destruidas y campos arrasados, las tropas aliadas avanzaban sobre el corazón del III Reich. Su avance era incontenible. El ejército hitleriano iba rindiéndose poco a poco, ya sin mandos y completamente desmoralizado.

LA CAIDA DE BERLIN

EL CARDENAL ARZOBISPO DE MILAN había llamado a Mussolini a su palacio para celebrar una conferencia. El cardenal le había hablado suavemente: le había comparado a Napoleón. «Pero Napoleón también supo en qué momento debía capitular». En la reunión estaban presentes elementos del Comité de Liberación: los «partisanos», que ya podían tratar a Mussolini de igual a igual. «Vuestra excelencia —decía el cardenal— podrá ofrecer al mundo un gesto de comprensión y de cordura, evitando mayor efusión de sangre...». Pero **SIGUE**

CREACION DE LA O.N.U. SOBRE UNOS PRINCIPIOS YA VIOLADOS POR LOS "GRANDES"



lo que más impresionó a Mussolini fue una noticia que supo allí mismo: los alemanes que ocupaban el Norte de Italia estaban dispuestos a capitular, después de las negociaciones que habían tenido en Suiza, bajo la mediación del cardenal. Durante unos momentos, Mussolini quedó silencioso. El mundo se hundía bajo sus pies. «Si los alemanes han firmado un acta de capitulación con nosotros, ¿por qué no ha de hacerlo usted?». Mussolini trató de mirar al jefe comunista que le hablaba con una de sus terribles miradas de cólera; pero su gesto ya no era más que una caricatura del antiguo Duce. Por un momento, todos creyeron que iba a aceptar. De pronto se levantó y abandonó la reunión dando un portazo. Se dirigió a la Prefectura de Milán, donde tenía instalado su Cuartel General y, cuando llegó a la puerta, dijo a los que le esperaban a media escalera: «Orden de partir. Nos vamos a Como». Allí esperaba que Pavolini hubiese reunido unos millares de camisas negras con los que huir a la montaña. Era el 25 de abril.

ESE MISMO DIA, EN UN DESORDEN IMPRESIONANTE, se había inaugurado en San Francisco la Conferencia de las Naciones Unidas, que debía estructurar el mundo de la posguerra. Los delegados de 46 países, acompañados de sus asesores, hasta reunir dos millares de personas, observados por unos tres mil periodistas, se lanzaban, unos a otros, rumores, noticias, proyectos, esperanzas. Esta conferencia había sido el sueño de Roosevelt, pero Roosevelt ya no vivía y, aunque fue evocado largamente en los discursos de apertura, faltaba su espíritu y su fuerza. El origen de estas Naciones Unidas había que buscarlo cuatro años antes, cuando Gran Bretaña, entonces única nación en guerra, había firmado la Carta del Atlántico con los Estados Unidos

Arriba, el mariscal Pétain, después de haberse refugiado en Suiza, volvió a Francia para entregarse prisionero y someterse a juicio. En la foto aparece con su esposa. Abajo, el primer ministro británico, Attlee, hablando ante la O. N. U., en la Asamblea inaugural, celebrada en el Central Hall, en Westminster, en abril de 1945.





Los tanques soviéticos llegaron, por fin, a Berlín, después de una marcha victoriosa que se había iniciado en Stalingrado. Los tanques llegaron hasta la Cancillería alemana, donde se encontraba Hitler a punto de suicidarse, y hasta la Columna de la Victoria, en la que hoy lleva el nombre de Avenida del 17 de Junio.

(14 de agosto de 1941), en la que se establecieron los ocho puntos esenciales en que debían basarse las relaciones internacionales al terminar la guerra: abstención de reclamaciones territoriales, libre elección por los pueblos de su forma de gobierno, garantía de la seguridad internacional por medio de la paz, reducción general de armamentos, libertad de acceso a los mares, libertad de acceso a las materias primas y cooperación para el progreso económico y social. El 1 de enero de 1942 ya había 26 naciones en guerra contra el Eje, y todas ellas firmaban una «Declaración de las Naciones Unidas» adhiriéndose a la Carta del Atlántico, y añadiendo a sus principios el de libertad religiosa. El 30 de octubre de 1944, una «Declaración de Moscú» preconizaba la creación de una organización de naciones basada en esos principios, fundada sobre el principio de una soberanía igual de todos los estados pacíficos, grandes o pequeños». En Dumbarton Oaks —octubre de 1944— precisaba ya las grandes líneas de esta futura organización, cuyos principios económicos se establecieron en la Conferencia de Bretton Woods. En la conferencia de los aliados en Yalta se decidió que las grandes potencias tendrían derecho de veto: ninguna de ellas quería ya considerarse atada a una mayoría de pequeños». Cuando se reunió la Conferencia de San Francisco, en la fecha prevista por la reunión de Yalta, no quedaban en pie ninguno de esos principios. Mejor dicho, quedaba la letra de esos principios, pero cada una de las grandes potencias estaba violando potencialmente, y prácticamente, el espíritu de la Carta. Desde el primer momento, las Naciones Unidas se desunieron, se formaron pequeños grupos regionales, se manióbró por intereses pequeños. Los Estados Unidos manejaban hábilmente los Estados americanos, que les eran fieles por la Conferencia de Chapultepec: cada propuesta soviética encontraba el bloque americano en contra y, evidentemente, el voto británico y de los países afines. Unilateralmente,

los anglosajones declararon que no podrían ser admitidos los países que no mantuvieran relaciones con Gran Bretaña y Estados Unidos; admitieron, en cambio, a Argentina —por no romper la solidaridad del hemisferio», dijo Truman—, que hasta el último momento había mantenido relaciones con los países del Eje, y donde ya se estaban refugiando supuestos y reales criminales de guerra —todavía los hay—, lo cual creó un malestar entre diversas naciones. El Gobierno polaco provisional de Lublin no fue admitido. Fue rechazada una petición de la Federación Mundial de Sindicatos, que quería participar en la Conferencia «en nombre de los obreros del mundo». La imposibilidad de llegar a acuerdos solventes se saldaba realizando «acuerdos de compromiso», que falseaban desde el principio la estructura de la organización que se quería crear. Baste decir que los reglamentos originales que se habían redactado en Dumbarton Oaks fueron reotocados en San Francisco con un total de 1.200 enmiendas y modificaciones... Pocos días después de inaugurada la Conferencia de San Francisco, Molotov la abandonó: fue la primera de sus «famosas» rabotadas en la ONU (Molotov, sin embargo, regresó poco después).

EL 25 DE ABRIL FUE FECUNDO en hechos históricos. Cuando los delegados de San Francisco comenzaron sus debates, cuando Mussolini huía hacia Como, cuando Petáin, después de su inútil viaje en torno al castillo de Sigmaringen en busca de una zona de seguridad, entraba en Suiza, en una pequeña localidad de Alemania, en Torgau, sobre el Elba, se unían por primera vez los soldados rusos con los aliados. Konstantin Simonov lo recuerda en su diario de guerra: «Así al hecho, pero ni en el diario ni en los blocs queda nada. Debe ser que no escribí ni una línea. Y seguramente no tanto por cansancio como por el júbilo de ver la aproximación del fin de la guerra. Tengo fotografías tomadas en el

Elba en las que estoy con nuestros soldados y oficiales y con los norteamericanos. Tengo en un cajón de la mesa recuerdos de entonces: insignias niqueladas norteamericanas que me dieron a cambio de las estrellas de oficial arrancadas de mis hombreras. Tengo el borrador de una breve crónica enviada desde allí a «Krásnaja Zvezda» con los apellidos de los jefes que establecieron el contacto: el general Reinhardt, de la división norteamericana, y el general Rusakov, de la nuestra. Anoté los nombres de los jefes de la patrulla norteamericana —el teniente Robertson— y de la nuestra —el teniente Silvasenko— que fueron las primeras en juntarse allá donde entre nosotros y los norteamericanos no quedó un solo fascista, por fin. Tengo todo esto, pero ni una sola nota. Recuerdo la alegría experimentada entonces, una alegría muy grande y, en aquel momento, limpia en mí de toda duda y de todo recelo futuro. Recuerdo el alborozo munito y el convite mutuo que nos hicimos, recurriendo a todo lo que había en nuestro racionamiento, incluidos el vodka y el whisky. Recuerdo que luego, con otros dos periodistas, pasé el Elba, al lado donde estaban los americanos, y fuimos primero a Leipzig, donde me asombró ver en los cruces de las calles a «shutzmanns»; sin armas, ciertamente, pero con el uniforme de la Policía alemana, y luego a Naumburgo, donde los norteamericanos tenían un «presscamp» de corresponsales de guerra. Recuerdo la tarde y la noche pasadas en este «presscamp», que se convirtieron en una infinita conferencia de prensa: la primera en toda la guerra que reunía periodistas norteamericanos, ingleses, franceses y soviéticos...».

NO ERA SOLO HIMMLER EL QUE quería negociar. Goering también había tratado de buscarse una salida. En vista de que Hitler estaba cercado en Berlín —el cerco se realizó también el 25 de abril—, trató de formar un Gobierno provisional en Alemania del Sur. Trató de **SIGUE**

**ABRIL,
1945**



El cadáver del «Duce» fue trasladado a Milán, tras su fusilamiento en Dongo, junto a Clara Petacci. Los cadáveres de ambos fueron expuestos públicamente. El de Mussolini fue enterrado solo, en Milán, pero posteriormente sus partidarios lo robaron. En la fotografía, la primera tumba tal y como apareció abierta.



Hitler se suicidó en el «bunker» de la Cancillería cuando ya los rusos habían entrado en Berlín. Eva Braun se había suicidado poco antes. Berlín humeaba entre ruinas y explosiones, casi destruido tras los días de asedio.

redactar un documento imposible, del cual encargó al jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, general Köller, con esta difícil instrucción: «Hay que hacer creer a los rusos que queremos continuar la guerra en el Este y el Oeste; pero los americanos y los ingleses deben comprender que no queremos ya combatir contra ellos, sino solamente contra los soviéticos. Al mismo tiempo, nuestros soldados deben comprender que la guerra continúa, pero que se acerca un final favorable para todos nosotros».

LA LARGA Y PESADA CARAVANA QUE arrastraba los restos del Fascio llegó a la ciudad de Como. En torno a una triste cena preparada por la esposa del prefecto, Mussolini callaba, mientras los que fueron sus ministros, sus generales, trazaban planes absurdos. De cuando en cuando sonaba el teléfono y anunciaba una nueva catástrofe. El Duce estaba ajeno a todo excepto a la conservación de su archivos, que le obsesionaban, de los cuales la parte esencial debía estar en dos carteras de cuero que no se separaban nunca de él. Esperaba siempre noticias de Pavolini, que debía traerle refuerzos de milicianos fascistas para huir a la montaña; pero no llegaban. El 27 de abril escribió una carta a su esposa, despidiéndose de ella y de los niños: «Heme llegado a la última fase de mi vida, la última página de mi libro...». La fechaba en el «Año 23 de la era fascista». Rachele consiguió una conferencia telefónica con Como; Benito la aconsejó que huyera a Suiza y que, en caso de peligro, se entregara a los aliados, «que serían más piadosos con ella que los italianos». Donna Rachele no quiso que fuera aquel su último contacto con su esposo y consiguió llegar a Como, donde tuvieron una pa-

LOS "PARTISANOS" FUSILAN EN DONGO A MUSSOLINI Y A CLARA PETACCI

tética escena de adiós. De su famosa cartera, Mussolini tomó unas cartas amistosas de Churchill y se las entregó a su esposa: podrían serle útiles con los oficiales ingleses. Rachele se fue hacia la frontera —que no alcanzaría nunca: fue detenida antes por los partisanos— y Mussolini dio la orden de partir de nuevo hacia el Norte, en busca de Pavolini. O, quizá, también en busca de la frontera suiza...

EN SUIZA, EL MARISCAL PETAIN CUMPLIÓ noventa años. Estaba en Wessen, al borde del Wallensee, esperando la orden de regresar a Francia, donde se estaban preparando activamente los documentos jurídicos para detenerle legalmente y acusarle. Había contra él la acusación de «traición y colaboración con el enemigo», y la de actividades sospechosas anteriores a la guerra (se decía que había tenido relaciones con los terroristas «cagoulards» que habían tratado de derribar la III República). Ello entrañaba la pena de muerte. El 26 de abril tomaron el tren en Vallorbe, para llegar hasta París. Al llegar a la frontera, el mariscal bajó del vagón. «Algunos guardias de seguridad —cuenta la mariscala— iniciaron el movimiento de presentar armas». Estaba esperando el general Koenig. Pétain tendió varias veces la mano al general: éste, muy pálido, permaneció en posición de firme, pero no aceptó la mano del viejo mariscal acusado de traición. Inmediatamente se acercó el inspector Ferrier y le presentó el mandato de detención. El policía y sus ayudantes llevaban mandatos con el nombre en blanco para llenarlos con los de las personas que acompañasen al mariscal. Todos subieron al tren que había

de conducirles a París. En algunas estaciones había gentes amotinadas que insultaban al prisionero y escupían contra el vagón. En Pontarlier se detuvo el tren —cuenta la mariscala— y hubo un principio de motín de los guerrilleros armados. Madame Pétain se acercó al inspector de Policía y le dijo friamente: «¿Es aquí donde piensan asesinarlos?». El convoy siguió su marcha y llegó a la mañana siguiente a París, de donde el mariscal y su esposa fueron conducidos al Fuerte de Montrouge.

EL TENIENTE BIRZER, DEL EJERCITO ALEMÁN, se puso ante el automóvil de Mussolini y le advirtió: «Tengo órdenes de no dejarle partir sin escolta». Algunos italianos se agruparon en torno a Mussolini; unos soldados alemanes, tras el teniente Birzer. La discusión duró unos minutos, y Mussolini, finalmente, aceptó la escolta alemana. La caravana llegó al pueblo de Menaggio, donde Mussolini, con una metralleta al hombro, dio un paseo antes de irse a dormir a casa del secretario local del partido fascista, donde poco después se le incorporaba su amante, Claretta Petacci. Había elegido morir junto al hombre de su vida, como una heroína, y temblaba porque le robasen el último acto. La escena fue tremenda, pero Mussolini no se separó de Elena Curti, quien quiso rendirle un último servicio: partir sola, en bicicleta, en busca del invisible Pavolini, de los inexistentes camisas negras que debían guardar la vida de su Duce... Entretanto, Mussolini continuó revisando los documentos de su misteriosa cartera. Al alba del 27 de mayo apareció finalmente Pavolini. No había con-

seguido reunir todos los camisas negras que esperaba. «¿Cuántos?» preguntó Mussolini. «Doce... Los que en las grandes concentraciones de las plazas públicas habían jurado, brazo en alto, canciones patrióticas en los labios, que lucharían hasta la muerte, los que habían prometido hacer una muralla con sus cuerpos para defender al Duce y al fascismo, no eran más que doce a la hora de la prueba, en el año 23 de la era fascista.

EN LONDRES, UN ENSAYO de lo que será el desfile de la Victoria demuestra que la carroza real tardará diecinueve minutos, en lugar de los dieciocho previstos, en el recorrido del Palacio de Buckingham a la catedral de San Pablo: hay que revisar todo el orden del desfile.

BALANCE DE LA DEPURACION FRANCESA DE colaboracionistas: unas cuatro mil ejecuciones sumarias, unas ochocientas penas de muerte tras juicios regulares. Apenas el consumo de una semana en los hornos crematorios de Bergen-Belsen.

CUANDO HITLER SUPO que su antiguo y leal Himmler había iniciado negociaciones a través de Bernadotte, le acometió un terrible ataque de cólera. «Se agitaba como un loco. El rostro se le había puesto color ladrillo, y era casi irreconocible», escribe la aviadora Hanna Reitsch, que había volado hasta el Berlín en estado de sitio, aterrizando en una calle próxima a la Cancillería. Todos los testigos **SIGUE**

La artillería rusa había machacado prácticamente la antigua capital del Reich, desde la que Hitler quería regir un mundo en el que no ondeara más que su bandera de la cruz gamada. En la fotografía, lo que quedó de la Cancillería, el refugio del «Führer». Ante ella, soldados y vehículos aliados, una vez ocupado Berlín.



HITLER Y EVA BRAUN SE SUICIDAN A CIEN METROS DE LOS TANQUES RUSOS

coinciden en asegurar que para Hitler esta noticia fue la señal del principio del fin. Las esperanzas de que el XII Ejército de Wenek liberase la ciudad eran ya vanas: se había estrellado contra los rusos y había desaparecido... Goering también había traicionado, había querido formar un Gobierno propio. Todo el imperio de Hitler estaba allí, en aquel bunker, bajo lo que una vez había sido un hermoso jardín, cubierto ahora por las ruinas de la Cancillería. En la noche del 27 al 28 de abril, Hitler les llamó a todos en torno suyo y les hizo ensayar la forma en que se suicidarían en el momento en que comenzara el asalto de los soldados rusos. Mientras realizaban este teatro macabro, muchos de ellos estaban pensando, en realidad, en cómo salvarse. Después, se casó. En estos últimos momentos de su imperio, Hitler quiso contraer matrimonio con Eva Braun, de forma que tuviera una apariencia legal. Se hizo aparecer un alto funcionario municipal, ante el cual los contrayentes declararon ser de raza aria pura y no tener enfermedades hereditarias, se redactó un acta —Goebbels y Martin Bormann firmaron como testigos— y se sirvió un almuerzo con champagne, en tanto los proyectiles rusos caían, con terrible precisión, en torno al refugio. Mientras este remedo de reunión social se celebraba, Hitler acudía de cuando en cuando a otra habitación del refugio, donde dictaba a su se-

líneas de combate y hacerlos llegar a lugares seguros: los tres pudieron cumplir esta misión, prácticamente imposible.

AL VOLANTE DE UN ALFA ROMEO, escoltado por su extraña caravana, Mussolini buscaba la salvación en la frontera suiza. Clara Petacci y su hermano Marcelo iban en un automóvil al que habían colocado una placa diplomática. En un coche blindado, Pavolini y otros jefes del partido, con Elena Curti. Estaban protegidos por un convoy de soldados alemanes que se retiraban. Mussolini volvió a tomar confianza. Pero, de pronto, en un desfile, comenzaron a sonar disparos. Los partisanos interceptaban la carretera y el convoy tenía que detenerse. Davide Barbieri, capitán de la 52 brigada Garibaldi, celebró una breve negociación con el oficial alemán que mandaba el convoy: los partisanos dejarían pasar a los alemanes, pero no a los civiles italianos —no sabían quiénes eran— a los que tenían que hacer prisioneros. La discusión y las negociaciones duraron seis horas, con el convoy inmovilizado en la carretera, mientras alemanes y partisanos se enfrentaban en actitud de combate. No dieron resultado. La única solución: que Mussolini se disfrazase de soldado alemán y su-

iba a encontrar por última vez a Clara Petacci, y a algunos de sus compañeros. Al amanecer, tres mujeres que lavaban ropa en la fuente del pueblo vieron un grupo, en el que figuraba una mujer que lloraba, subir en un automóvil negro que arrancó velozmente. El automóvil se detuvo en el flanco de una montaña, donde había un muro en el que se apoyó Benito Mussolini para ser fusilado. Era el 28 de abril. No se sabe claramente si Clara Petacci fue también destinada a morir, o si se interpuso entre las balas y el cuerpo de Benito voluntariamente. La criada de una casa vecina escuchó lo que le parecieran seis balazos y se acercó a mirar. Vio dos cuerpos sobre el fango, bajo la lluvia. Poco después llegó un camión donde ya estaban los cuerpos de los ministros del Duce, y los partisanos cargaron estas dos últimas víctimas. Esto es lo último que se sabe concretamente. Hay otros muchos relatos, todos ellos contradictorios, difíciles de comprobar. En cuanto a la famosa cartera de documentos, Mussolini la había confiado a quienes le detuvieron, advirtiéndoles: «Mucho cuidado: contiene papeles trascendentales»; nunca más se supo de ella.

HITLER DIO ORDEN a su médico particular de que envenenase a su perro favorito, el alsaciano Biondi. Después celebró dos reuniones para despedirse de sus fieles: repartió cápsulas entre quienes aún no lo tenían y dio instrucciones para que su cuerpo desapareciese para siempre, junto con el de Eva Hitler —desde la boda, todo el mundo la llamaba ya «Frau Hitler, en lugar de «E. B.»—. «No quiero caer en manos del enemigo, que puede necesitar un nuevo espectáculo para divertir a sus masas histéricas». Hacían falta doscientos litros de gasolina para incinerar los cuerpos: sólo se pudieron encontrar ciento ochenta en todo Berlín, en todo lo que quedaba de Berlín —los soviéticos habían llegado a la plaza de Potsdam—. Después de almorzar, Hitler y Eva entraron en su habitación: se oyó un solo disparo y, después de un cierto tiempo, entraron todos. Hitler estaba extendido en el sofá, con la cabeza destrozada; Eva Hitler se había envenenado. Los cuerpos fueron envueltos en unas mantas, llevados al jardín e impregnados de gasolina. Una llamarada atrajo a dos soldados que hacían la guardia en puntos separados del bunker: al contemplar la ceremonia, se alejaron rápidamente, temiendo que el hecho de ser testigos pudiera serles fatal. La columna de humo duró varias horas. Era el 29 de abril. No se sabe si los cuerpos fueron destruidos totalmente, o si los huesos calcinados fueron enterrados en el jardín. Otra versión dice que las cenizas se reunieron en una caja y se guardan aún en un lugar secreto. No hay certidumbre de que sea auténtica una foto recientemente publicada que se asegura que representa el cadáver de Hitler.

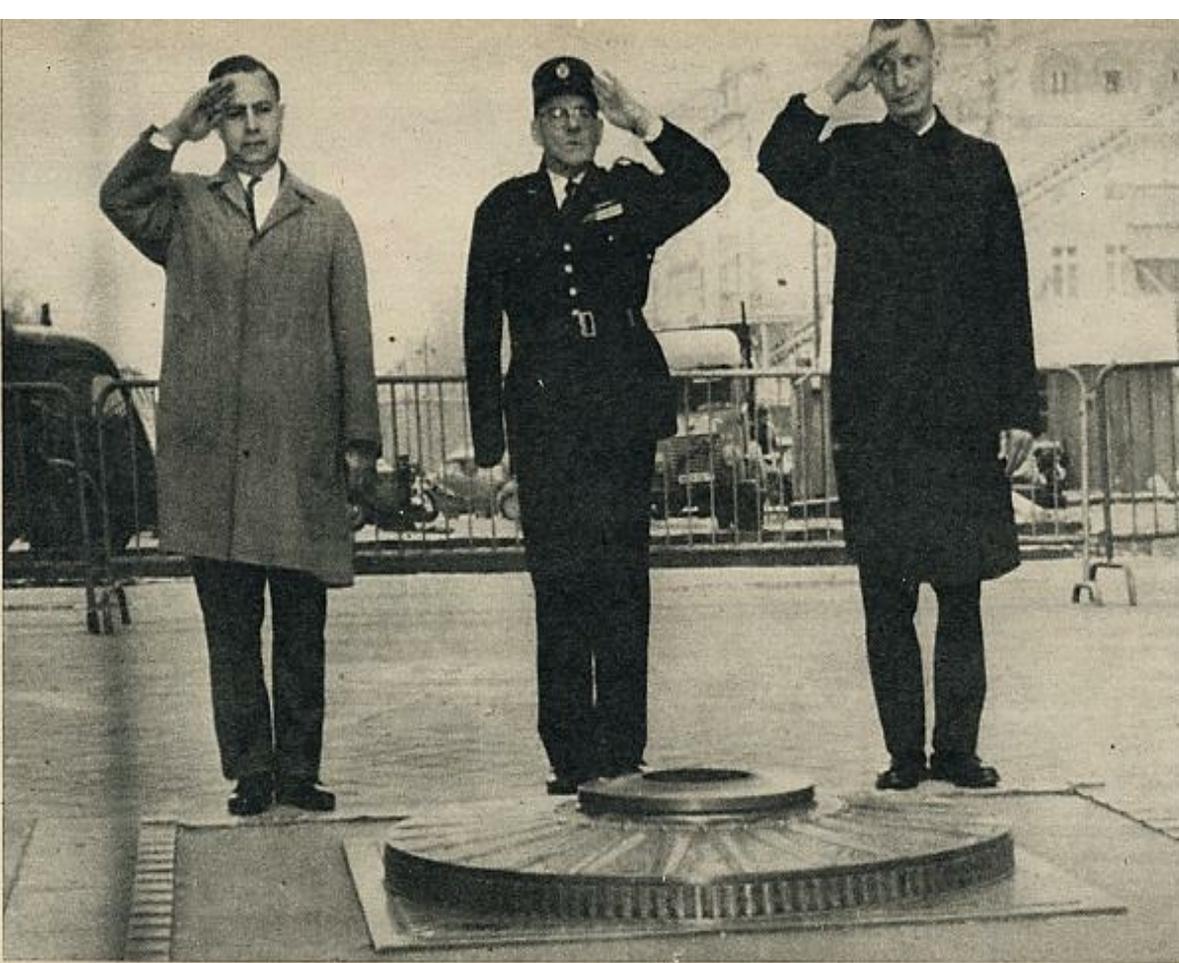
EN MILAN, EL CAMIÓN CON LOS restos del fascismo llegó a un garaje de la ciudad. Se había reunido una enorme multitud para verlos. Un coloso, en mangas de camisa, los iba sacando del fondo del camión, mostrándolos a la multitud, que rugía y escupía, y pronunciando sus nombres. Alguien pensó que sería mejor colgarlos como reses en una carnicería. Mussolini, Claretta, Pavolini, fueron colgados por los pies en unos faroles de una plaza pública; la masa pasaba y escupía sobre estos restos humanos que se balanceaban trágicamente movidos por una ligera brisa. Muchos de los que escupían estaban tratando ya, en el último momento, de hacer olvidar su pasado. Desde Londres, Churchill tuvo, al día siguiente, las últimas palabras de amistad para quien había sido su amigo, para el hombre al que secretamente había admirado: «El asesino de Mussolini se enorgullece en una confesión pública que aparece en el Daily Express (luego se comprobaría que esta confesión era más bien fantástica) de la manera páfida y cobarde en que ha realizado su acto. Declara, en particular, haber matado a la amante de Mussolini. ¿Figuraba esta mujer en la lista de criminales de guerra? ¿Quién le ha dado autoridad para matar a esta mujer? Creo que



Los soldados soviéticos mostrando, en el jardín de la Cancillería, el lugar donde el cuerpo de Adolfo Hitler fue enterrado, tras haber sido incinerado, según las órdenes que había dado el propio «Führer».

cretaría unos documentos importantes: su testamento político —en el que aseguraba que la guerra de 1939 había sido provocada por los judíos, expulsaba del partido a Goering y Himmler y nombraba su sucesor al almirante Doenitz—, y el testamento personal, en el que, puesto que su esposa iba a morir con él, legaba todos sus bienes al partido «y, si éste no existiese, al Estado alemán», con excepción de su colección de cuadros y obras de arte, que destinaba al futuro museo de arte de la ciudad de Linz, cuyos planos de reconstrucción había preparado en el refugio. Tres oficiales salieron al día siguiente, cada uno con una copia de estos documentos, con la misión de atravesar las

biese a un camión militar, mientras sus compañeros se entregaban a los partisanos. El Duce aceptó: con un capote y un casco se acostó en el fondo de un camión de transporte, que arrancó inmediatamente. Clara Petacci, disfrazada con un mono azul y casco y gafas de motorista, corrió sollozando tras el camión hasta que se agotaron sus fuerzas... En el pueblo de Dongo, la caravana alemana fue registrada una vez más para ver si entre los soldados se ocultaba algún fascista. Allí fue descubierto Mussolini por un partisano que no pudo evitar llamarle «Excelencia». El Duce fue conducido a una fortaleza. Hacía frío, y alguien le ofreció el capote alemán. «No, gracias —contestó Mussolini—: no quiero ver más uniformes alemanes». Allí



Los ejércitos norteamericano y soviético se encontraron en el Elba. Joseph Polowsky y William Fraynack fueron los primeros soldados, de uno y otro lado, en darse la mano. En la foto aparecen rindiendo homenaje ante la tumba del Soldado Desconocido, en la capital francesa.

la autoridad militar británica debe abrir una investigación». Esta investigación no condujo a nada.

ESE MISMO DIA, ALEXANDER recibía la rendición de un millón de soldados alemanes en Italia. El almirante Doenitz trataba de salvar lo posible, mediante negociaciones de última hora, de lo que quedaba de Alemania, anegada por los soldados enemigos. Había suicidios y asesinatos en todas las ciudades, intentos de huida al extranjero, chantajes, pactos personales de última hora, retractaciones, acusaciones mutuas... Dejemos que el último acto de lo que fue este mes de abril lo escriba Konstantin Simonov, que entró en Berlín con las tropas soviéticas (2 de mayo):

«... Entramos en uno de los bunker de Berlín. Nos cruzamos con una caravana de prisioneros: el teniente que la conduce dice que en el cuarto piso han encontrado un general que se ha suicidado mientras ellos trataban de forzar la puerta... Una mesa apoyada por un extremo en la pared, por otro en la cama. Delante de la mesa, una silla; en la silla, una guerrera con insignias de la SS. En la cama, de cara a la puerta, con los ojos abiertos, el general muerto. Un hombre robusto, de unos cuarenta y cinco años, el pelo cortado en cepillo y la cara de facciones regulares, serena. el brazo derecho, con la parábélum todavía en la mano, extendido a lo largo del cuerpo. El brazo izquierdo envuelve por los hombros a una mujer joven, apretujada entre él y la pared. La mujer está con los ojos cerrados. Es joven, bella, viste falda de uniforme y blusa blanca o camisa, no sé. El general lleva una camisa limpia, guerrera desabrochada en el pecho, botas. Sujeta entre las piernas una botella de champaña a medio beber. De pronto comprendo que si el general lleva puesta la guerrera, la que pende de la silla, con las insignias de la SS, pertenecía a esta mujer muerta. Tengo la impresión de acorralamiento, de laberinto, que no me abandona desde que estoy en Berlín... El Reichstag. Toda una peregrinación acude a él. Es un desfile continuo de gente. Al otro lado del río, a ciento cincuenta metros de aquí, todavía unos alemanes hacen fuego de ametralladora y un cañón nuestro dispara a cero, metódicamente, cada minuto, contra la casa...

... La avenida de la Victoria. Muertos, cañones anti-aéreos retorcidos. En ninguna parte he visto tanta artillería anti-aérea destrozada. Camiones alemanes con las ruedas hacia arriba, tanques inutilizados, alemanes y nuestros... Luego, el espectáculo de la Cancillería Imperial. Se busca el cadáver de Goebbels. Lo han encontrado ya una vez, pero luego alguien ha dudado de que fuera él y vuelven a buscarlo. Se busca también el cadáver de Hitler. Un edificio enorme, de proporciones arquitectónicas, destinado a sobrecoger. El despacho de Hitler ha sido alcanzado por una bomba y está lleno de cascotes. Se conserva intacta una habitación vecina. Alguien me dice que es el despacho de Bormann. No lo sé, quizá sea verdad. La habitación está intacta, pero en pleno desorden. Unos papeles cuadrados diseminados por el suelo. Tomo uno, le doy la vuelta, y resulta que son ex libris de Hitler. Un gran escritorio con tapa de madera. Está abierto y con infinidad de papeles revueltos. Encuentro entre ellos dos viejos dibujos. Uno representa un blindaje cavado en una altura. Lleva este pie "Les Greutes, principio de diciembre de 1917. Puesto de mando de la brigada". El otro es una iglesia destruida y dice: "Commines, 9 de mayo de 1918". Puede que sean dibujos hechos por el propio Hitler. Lo más probable es que no sea así, pero quizá lo sean porque él sabía dibujar y estuvo entonces en un frente de Alemania. Me los guardo en la bolsa de campaña. Tomo una foto con esta inscripción: "Combates contra los espartaquianos. Munich, mayo de 1919". Son unos militares sentados en una carreta. Algunos de ellos están numerados con tinta china. Reconozco con el número uno a Rudolf Hess. En el suelo, además de los ex libris, hay tarjetas postales. Tomo cuatro y las meto también como recuerdo en la bolsa. ¿Por qué están aquí? ¿Las regularían también con el autógrafo? En tres de ellas aparece Hitler sonriente, con unas niñas. La cuarta es Compiègne, el vagón, Keitel con su cara cuadrada tendiendo a través de la mesa un papel a un delgado general francés: son las condiciones del armisticio. Recorro otras habitaciones. Algunas, más distantes, están llenas de condecoraciones. En cajones, cajas, paquetes azules y formando en el suelo una capa que llega hasta el tobillo. Las hay de todas clases: desde cruces de hierro hasta medallas por apagar incendios. Todo esto en tal cantidad que no parece la Cancillería Imperial, sino el depósito de una enorme fábrica de condecoraciones. Salgo al patio por un boquete de la pared. En el patio

están los últimos cadáveres de los SS atrincherados aquí. Los sanitarios van sacando heridos de no sé qué sótano. En un pasadizo interior, removido por las bombas, entre árboles desgarrados, cascotes y fragmentos de algo, hay una torrecilla de hormigón y la bajada al sótano de Hitler. Miraba todo esto pensando en que quizá a posteriori se le quisiera dar en la Historia aspecto majestuoso. Pero la impresión que producía ahora era de algo que ha dejado de combatir ya, que se aferra a la vida, de algo confuso que se fue de este mundo sin comprender lo que había sucedido. La tremenda concentración del poder fascista tenía el aspecto, en la hora de su muerte, de un extraño absurdo. En el hundimiento del fascismo, que acabo de ver, ha habido algo macabramente terrible. Ahora, esta impresión ha desaparecido. Hoy, de todo esto queda la impresión de algo insignificante, de algo que no conserva ni un solo rasgo de la bandisca grandesa del III Reich. Nunca he sido de los que consideran que hay que acortar la talla del enemigo, incluso del más sangriento, minimizar su fuerza o no reconocerle nada de lo que pueda tener: inteligencia, fiera o coraje desesperado. En Tarnopol no pude por menos de sentir respeto por su valentía, y Tarnopol queda en mi memoria como un hecho sombrío, pero épico a su manera. Pero esta Cancillería del Reich, este último palmo de terreno, estos últimos SS condenados a morir y, aquí mismo, en los sótanos, la cueva de Hitler y Goebbels y, aquí mismo, sobre ellos, las habitaciones repletas de cruces de hierro que hubieran bastado para otros cinco años de guerra; y aquí mismo, los ex libris de una biblioteca que no existe ya; y aquí mismo, cadáveres medio quemados entre los cuales, guiándose por indicios de deficiencia física, se busca a los que fueron soberanos de Europa...

VEINTE AÑOS DESPUES...

DE todos los protagonistas de aquel mes de abril en guerra sólo uno queda en pie, reaparecido después de un largo eclipse: el general De Gaulle. No es difícil reconocer en él, en su posición de hoy, en su desdén hacia los Ingleses y su desafío al poder de los Estados Unidos, las huellas de la humillación de abril de 1945, cuando se dudaba de si Francia tendría o no derecho a ocupar

(Sigue en la pág. 67)

bio, creo que es mucho más sencillo conocer lo que piensa el protestantismo, pues se trata de una religión más austera doctrinalmente, menos rica y completa que la católica.

De ahí procede que nuestra Iglesia se esfuerza por encontrar su auténtica faz, desgañándose ciertas superestructuras e incrustaciones del pasado... que amenazan con ahogarla. Por eso —sigue diciendo «La Civiltà Cattolica»— «quiere volver a considerar su patrimonio doctrinal y disciplinar, no para efectuar variaciones de fondo... sino para ser más fiel a Cristo y al Evangelio y para no imponer a los cristianos separados más de lo necesario, con el fin de encontrar nuevamente la unidad perdida» («Civiltà Cattolica»).

Es más, «la Iglesia espera de la plena comunión con nuestros hermanos separados un enriquecimiento, una contribución a la manifestación de su universalidad y un crecimiento auténticos. Y «no sólo serán los hermanos separados los que recibirán de la Iglesia católica lo que perdieron al abandonarla, sino que también la Iglesia se enriquecerá por las aportaciones nuevas y originales de los hermanos separados», sigue diciendo la revista vaticanista. «Estos elementos pueden, incluso, ayudar a corregir los excesos y defectos en que la Iglesia ha podido caer por efecto de las circunstancias históricas». Siempre lo mismo: distinguir en nuestra Iglesia lo esencial de lo accidental para perfeccionar esto último y que no quede oculto lo primero.

Se trata, en una palabra, «de restaurar la unidad y no de un simple retorno de los hermanos separados a la Iglesia católica». Frase fuerte, y nueva en la enseñanza usual, pero que el decreto de Ecumenismo avala plenamente, siempre que se entienda, como se dice más arriba, condescendiendo en lo que es accidental en el catolicismo.

Yo pediría a los católicos que leyeran despacio este decreto conciliar sobre el ecumenismo, y así verían que en él se encuentran claramente expuestas estas mismas ideas de la revista jesuita. El camino que tenemos que recorrer es largo, porque todas estas afirmaciones suenan a novedad, ciertamente, pero es curioso traer a relucir algunos textos bien seguros y tradicionales que dicen, en último extremo, lo mismo, aunque no se llegase, hasta el momento presente, a todas las consecuencias prácticas que hoy quiere el Concilio de nosotros.

Permitidme que lo haga utilizando a tres autores que en ninguna manera pueden ser sospechosos de «avanzados». El primero es el beato Pedro Fabro, el compañero de San Ignacio de Loyola, su colaborador de más confianza, enviado por él a Alemania para hacer labor apostólica entre los protestantes. El segundo será el inteligente cardenal Siri, arzobispo de Génova, un hombre recto y aunque, según dicen algunos, chapado a la antigua, de indudable gran valía. Y el último, monseñor Marcel Lefebvre, el obispo francés de tendencia tradicional, gran defensor de la pureza doctrinal dentro de moldes seguros, aunque poco propicios a la dinámica de nuestro tiempo. Por los tres tengo gran veneración, porque me enseñan mucho en la lectura frecuente que de ellos hago; y, aunque disienta de este último en particular en cosas que son discutibles, aprecio en lo que vale su digna postura.

EL beato Fabro decía al padre Laínez, en una carta escrita desde Alemania, en tiempo de la Reforma protestante: «quien quiera ganar a los herejes debe amarlos de corazón, alejando de sí cualquier idea que pudiera disminuir su estima».

Por eso propugnaba una acción delicada y respetuosa con estos cristianos disidentes, como la ha pedido Pablo VI, cuyos consejos parece que suenan igual que los que entonces dio este santo. Dice así el jesuita del siglo XVI: «Hágase querer de ellos, procurando, en las conversaciones familiares, no hablar sino de aquellas cosas en las que unos y otros están conformes». Y en vez de controversias y discusiones creía que era mejor hablar con ellos del valor del bien moral, de la vida eterna y de aquellos temas que son vitales y que para todo cristiano de buena fe son su propio sentir y vivir: ahí pensaba él que estaba el punto de partida de un diálogo fecundo, amistoso y realista, que desembocase en un acercamiento a la verdadera doctrina del catolicismo.

El cardenal Siri, en 1961, daba también estos consejos: «debemos amar a nuestros hermanos protestantes; creemos que la bondad divina también es grande con ellos y que se sirve de sus intenciones santas y rectas tanto como de sus faltas». Por eso cree que «es justo eliminar todo lo que sería, sin necesidad, motivo de disensión. Ser cristiano es manifestar el máximo de comprensión».

Y monseñor Lefebvre, en el mismo año, criticaba a los católicos que se creen poseedores individuales de la verdad religiosa: porque la verdad la «posee» Cristo y su Iglesia. Existe un mal entre nosotros, y es «que estamos satisfechos de poseer la verdad, mientras otros no la poseen». Por eso, desgraciadamente, «abordamos a los otros con actitud de propietarios, como si fuésemos amos y señores de ella. Es ése un grave error, porque «la verdad no es mi verdad; la verdad me ha sido dada y debería darme cuenta de lo mal que la recibí». «No deberíamos decir a los otros "haced como yo", sino "imitad a Jesucristo"».

Debemos tener «una actitud respetuosa con las personas, intermedia entre el proselitismo intempestivo y una falsa tolerancia a la que todo le es indiferente». Esta regla es la misma de Pablo VI en su «Ecclesiam Suam».

«Si la primera de las caridades es dar la verdad, la verdad debe ser dada con caridad. Así podemos comprender cómo el decreto de Ecumenismo, tan comprensivo y sanamente abierto con nuestros hermanos protestantes, ha sido aceptado plenamente por la Asamblea Conciliar, a pesar de las discusiones previas que sólo intentaban la mayor precisión posible en un documento que había de ser definitivo».

NO creamos ingenuamente, como decía antes, que este camino amplio y que requiere gran paciencia con los exaltados de uno y otro extremo, esté ya recorrido. Al contrario, ahora es cuando lo empezamos, y tenemos que adaptarnos a una nueva postura, superando «la polémica anti-protestante de los pasados siglos».

Porque «los principios católicos de ecumenismo no son todavía conocidos plenamente ni asimilados en forma viva por algunos católicos». «Hay todavía quien habla como si nada hubiera ocurrido a la Iglesia en estos últimos años» («Civiltà Cattolica»).

ENRIQUE MIRET MAGDALENA



Un soldado norteamericano visita, tras la caída de Berlín, el «bunker» donde se suicidaron Hitler y Eva Braun, poco tiempo antes de la llegada de los rusos.

(Viene de la pág. 61)

una zona de Alemania, cuando Truman le amenazaba con privarle de víveres y los ingleses le expulsaban de Italia casi a punta de bayoneta. Los grandes hombres se inmovilizan a veces en lo que creen los grandes momentos de su vida, cristalizan en fórmulas políticas que les parecen puras sus aventuras personales, sus momentos estelares. Churchill había llevado a esta guerra sus recuerdos personales de la guerra anterior, su antibolevismo de entonces, de la época del «cordón sanitario» en torno a la recién nacida Unión Soviética, que sirvió para evitar el contagio de la revolución a los países europeos, pero que no se limitó a ello, sino que, con su largo y duro bloqueo y con la amenaza continua de intervención, convirtió el marxismo en stalinismo. Churchill consideró que su «alianza con el diablo» —como él mismo llamó al pacto de guerra con la Unión Soviética— no podía seguir siendo válida cuando la victoria apuntaba, y quiso reconstruir el «cordón sanitario» con una nueva fórmula. Cuando, al final de esta guerra, pronunció su frase «un telón de acero ha caído sobre Europa», estaba reconstruyendo su política de casi treinta años más atrás, de la misma forma que ahora, en su «come back», De Gaulle está desolidarizándose de sus aliados como no pudo hacerlo veinte años atrás. Si Truman no hubiera tenido la ambición de distinguirse del idealista Roosevelt, como comenzó a hacerlo cuando todavía estaba caliente el cadáver del que fue gran idealista, las tesis de Churchill se hubieran moderado y probablemente los Estados Unidos no hubieran precipitado también el telón de acero sobre Asia. Allí donde Roosevelt trató de buscar un punto de acuerdo entre las dos grandes fuerzas que se disputaban China, Truman prefirió elegir, y eligió a Chiang-Kai-Chek; Okinawa es hoy la base americana más fuerte del mundo, y apunta al vientre industrial de China, como Formosa, como el propio Japón, contra el cual se empleó finalmente la bomba atómica, para apresurar su rendición antes de que la URSS llegase a entrar efectivamente en la guerra de Asia y pudiera exigir su influencia en ella. Esa bomba atómica contra la que ya lúcidamente, antes de la primera explosión de prueba, se alzaban los mismos sabios que la construían, en función de la inseguridad que podría dar al mundo futuro —que es nuestro mundo de hoy—.

Todas las contradicciones históricas que sufrió el mundo en abril de 1945 están presentes en abril de 1965. Si los grandes protagonistas desaparecieron, no ha sido fácil, en cambio, hacer desaparecer las dudas que sembraron en el mundo, sus divisiones internas, la mala cosecha sembrada en el momento en que, dueños del mundo, podían haber creado en lugar de destruir. Es curioso que de todas las frases que entonces se pronunciaron para calificar el porvenir, las que prevalezcan con más aproximación a la realidad sean las del loco asesino llamado Hitler. Cuando se ve a Berlín convertido en materia de disputa, no es fácil olvidar que Hitler esperó que Berlín llegase a ser el campo de batalla entre occidentales y soviéticos. No es fácil tampoco olvidar su conversación con Martin Bormann, cuando le anunciaba que en el futuro sólo habría dos grandes naciones poderosas, la URSS y los Estados Unidos, y que el estallido de los nacionalismos, en lo que hoy llamamos países subdesarrollados, complicaría la situación hasta el punto de que el pueblo alemán estaría llamado a representar un importante arbitraje... La profecía final de Roosevelt, en cambio, ha palidecido. El punto de esperanza está en que cada día más, cada día con más vigor y más conciencia, los habitantes de la tierra, los pueblos del mundo, tienen más poder propio, y limitan más la fuerza de sus «hombres fundamentales», de sus políticos. El hombre de la calle, el ciudadano medio, está penetrado de lo que Roosevelt decía en 1942: «Nuestra tierra no es más que una pequeña estrella en el Universo. Podemos hacer aún, si queremos, un planeta que la guerra no herirá más, que el hambre y el miedo no atormentarán más, que insensatas querellas de raza, de color o de religión, no dividirán más. Tengamos el coraje de comenzar esta tarea hoy mismo, para que nuestros hijos y nuestros nietos puedan estar orgullosos de llamarse hombres». Si el mundo tiene todavía el aspecto que preconizó Hitler en su trampa macabra de Berlín, el camino por el que los pueblos tratan de dirigirlo, el que está abierto a la acción de todos, es el que profetizó Roosevelt.

E. H. T.

FIN